

LA OBRA DE DRURY COMO EXPRESIÓN DE LA CRÍTICA WITTGENSTEINIANA AL PSICOANÁLISIS FREUDIANO

JOSÉ MARÍA ARISO
Universität Kassel

Resumen. Tras describir las líneas básicas de la crítica que Ludwig Wittgenstein hizo al psicoanálisis freudiano, en esta nota se hace referencia a la obra de Maurice O'Connor Drury para obtener una perspectiva más amplia de la citada crítica. Concretamente, se llama la atención sobre la noción de "claridad filosófica" que remite a la confrontación de las que Drury denomina "psicología A" y "psicología B" y, sobre todo, a la posibilidad de tomar conciencia del ámbito de lo misterioso e inexpresable en el ser humano.

1. INTRODUCCIÓN

En 1973 aparecieron publicadas, de forma conjunta y con el título *The Danger of Words*¹, cinco conferencias que Maurice O'Connor Drury había impartido muchos años atrás. Drury afirma en el prólogo de dicho volumen que se decidió a publicar estas conferencias porque a su modo de ver ilustraban la influencia que Ludwig Wittgenstein tuvo sobre él. Sin embargo, creo que en *The Danger of Words* se aprecia algo más que la influencia de Wittgenstein sobre uno de sus más fieles discípulos. Desde mi punto de vista, la susodicha obra no sólo se halla en clara sintonía con la crítica que Wittgenstein hizo del psicoanálisis freudiano, sino que además, y por paradójico que pueda parecer, llama la atención sobre un aspecto fundamental ligado a dicha crítica que puede pasarnos desapercibido si nos ceñimos a las observaciones de Witt-

¹ Maurice O'C. DRURY, *The Danger of Words*, London, Routledge & Kegan Paul, 1973.

genstein acerca de la obra de Freud. Tal y como señalaré en esta nota, Drury concebía la obra de Wittgenstein como una advertencia formulada contra el medio intelectual de la civilización occidental, advertencia de la que no se han hecho eco los autores que han estudiado la crítica de Wittgenstein al psicoanálisis². En el presente trabajo aclararé en qué consiste dicha advertencia y mostraré en qué sentido constituyen Freud y su obra un claro ejemplo de esa actitud intelectual tan denostada por Wittgenstein.

2. SINOPSIS DE LA CRÍTICA DE WITTGENSTEIN AL PSICOANÁLISIS FREUDIANO

Uno de los principales reproches que hace Wittgenstein a Freud es que, pese al afán de éste por llevar a cabo una labor eminentemente científica, su actitud está más próxima a la del filósofo que a la del científico. Con su manera de proceder, Freud parece dar por supuesto que basta con analizar unos pocos casos (o a veces incluso uno solo) para acceder al conocimiento de algún aspecto que subyace a una multitud de casos, aun cuando éstos sean sumamente diferentes entre sí. De este modo, Freud pretendía descubrir el nexo común a una totalidad de casos: algo que, si se sacara a la luz, nos permitiría ofrecer una explicación indiscutible del fenómeno en cuestión. En realidad, se trataría de la explicación por excelencia, la explicación última e irrefutable, pues habría sido derivada a partir de la esencia misma de los fenómenos. Inspirándose en Goethe, Wittgenstein caracteriza esa esencia apoyándose en el término “proto-fenómeno” (*Urphänomen*), expresión que define como “una idea preconcebida que se apodera de nosotros”³. De hecho, en ese mismo párrafo Wittgenstein pone como ejemplo de proto-fenómeno “lo que Freud creía haber reconocido (*erkennen*) en los simples sueños que satisfacen deseos”. El uso del verbo “reconocer” en este caso es revelador. Freud partía de un presupuesto que condicionaba su investigación: concretamente, Freud partía de la existencia de una ley elemental que debería reflejar la esencia del sueño. En palabras de Wittgenstein:

² Algunas de las principales monografías sobre la crítica de Wittgenstein al psicoanálisis freudiano son las de Morris LAZEROWITZ, *The Language of Philosophy. Freud and Wittgenstein*, Dordrecht, Reidel, 1977; Frank CIOFFI, *Wittgenstein on Freud and Frazer*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998; Paul-Laurent ASSOUN, *Freud y Wittgenstein*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992; y sobre todo la de Jacques BOUVERESSE, *Wittgenstein Reads Freud. The Myth of the Unconscious*, Princeton, Princeton University Press, 1995. Recientemente se ha traducido al castellano otra monografía de Jacques BOUVERESSE, *Filosofía, mitología y pseudociencia. Wittgenstein lector de Freud*, trad. de A. Escudero, Madrid, Síntesis, 2004. En cuanto a los artículos, se pueden destacar los de Brian MCGUINNESS, “Freud and Wittgenstein”, en Brian MCGUINNESS, *Wittgenstein and His Times*, Oxford, Blackwell, 1982; Louis A. SASS, “Wittgenstein, Freud and the Nature of Psychoanalytic Explanation”, en Richard ALLEN, *Wittgenstein, Theory and the Arts*, New York, Routledge, 2001, pp. 235-295; y Joseph LOIZZO, “Intersubjectivity in Wittgenstein and Freud”, en *Theoretical Medicine and Bioethics* 18 (1997) 379-400.

³ Ludwig WITTGENSTEIN, *Observaciones sobre los colores*, trad. de A. Tomasini, Barcelona, Paidós, 1994, §230, p. 47.

“Él quería encontrar una única explicación que mostrara qué es soñar. Quería encontrar la esencia del sueño. Y hubiera rechazado cualquier propuesta que sólo fuera parcialmente correcta. Tener razón en parte hubiera significado para él estar completamente equivocado, no haber descubierto realmente la esencia del sueño”⁴.

Dicho de otro modo, Freud buscaba una explicación global y aplicable a todos los sueños sin excepción. Ahora bien, para hallar dicha explicación no creyó conveniente analizar sueños de muchas clases distintas, pues la esencia que buscaba debía hallarse –por definición– en cada uno de nuestros sueños. Por tanto, su estrategia consistió en tomar unos cuantos sueños y buscar en ellos la esencia de todos los sueños. Semejante actitud, como dije anteriormente, parece más propia del filósofo que del científico, cuyo cometido consiste en partir de hipótesis que posteriormente somete al método experimental. Freud, en cambio, no trata sus hipótesis –por ejemplo, aquella según la cual el sueño es una realización alucinatoria de deseos– como si fueran empíricamente verificables: al derivarse de la esencia del fenómeno, no importa que la evidencia empírica contradiga la hipótesis en cuestión. En lugar de someter sus hipótesis a prueba, Freud habla directamente de “teorías”. Y cuando los hechos no concuerden con la teoría de turno, Freud utilizará esa evidencia como resistencias inconscientes contra su teoría, o lo que es lo mismo, como pruebas que la confirman. Esto quiere decir que, hablando en rigor, Freud no presenta teoría alguna: simplemente ofrece un modelo o paradigma que permite abordar el fenómeno de turno desde determinada perspectiva. Al no haber presentado nada más que una cierta forma de contemplar las cosas, no era preciso que Freud justificara su modelo; pero precisamente por eso, el padre del psicoanálisis no habría probado teoría alguna. Wittgenstein lo expresó del siguiente modo:

“Freud reivindica constantemente su condición de científico. Pero lo que ofrece es especulación, algo previo incluso a la formación de hipótesis”⁵.

Ciertamente, a Freud se le puede objetar que no llega a desarrollar sus especulaciones hasta el punto de ofrecer hipótesis susceptibles de verificación empírica, pero hay algo que no se le puede negar: me refiero a lo seductoras y atractivas que resultan esas especulaciones para muchas personas. Si no tenemos en mente los ejemplos adecuados, es muy posible que nos fascinen esas explicaciones en las que se reduce una variedad de casos distintos a una esencia común a todos ellos. Nos atrae la unidad de la teoría. Pero éste no es el único atractivo de las explicaciones de Freud: también nos seducen porque además de llamar nuestra atención sobre lo oculto, lo misterioso, lo

⁴ Ludwig WITTGENSTEIN, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, trad. de I. Reguera, Barcelona, Paidós, 1996, p. 123.

⁵ *Ibid.*, p. 119.

reprimido, presentan al hombre como una figura trágica condicionada por los hados desde su nacimiento⁶.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta el momento, cabría pensar que Freud presupone de forma arbitraria e injustificada que debe existir una esencia del soñar, del chiste, etc. Sin embargo, hay un detalle que puede ayudarnos a entender por qué el fundador del psicoanálisis abrigaba con tanto fervor semejante convicción. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, se consideraba que toda investigación genuinamente científica debía partir de que todo suceso está causalmente determinado. Freud era hijo de su tiempo y siguió esta idea al pie de la letra trasladando el determinismo causal al dominio de lo mental: estaba total y absolutamente convencido de que el azar es inconcebible en el ámbito de los fenómenos psíquicos. De aquí se desprende que, desde el punto de vista de Freud, lo mental también estaría sometido a leyes mecánicas, y son precisamente esas leyes lo que el padre del psicoanálisis pretendía hallar a toda costa. Si nos atenemos a la mentalidad imperante en aquella época, la obra de Freud podría ser considerada como un loable intento de someter el ámbito de lo mental al rigor de la ciencia. Pero Wittgenstein no ve esta empresa con buenos ojos:

“El paradigma de las ciencias es la mecánica. Cuando la gente imagina una psicología su idea es una mecánica del alma. Si consideramos lo que realmente corresponde a esto encontramos que hay experimentos físicos y experimentos psicológicos. Hay leyes de la física y hay leyes –si quieren ser corteses– de la psicología. Pero en la física hay casi demasiadas leyes; en la psicología, apenas alguna. De modo que hablar de una mecánica del alma es un tanto ridículo”⁷.

Para defender su postura, Wittgenstein considera una posible aplicación práctica del determinismo en el ámbito de lo mental:

“O supongan ustedes que quieren hablar de causalidad en el ámbito de los sentimientos. «El determinismo se aplica a la mente tanto como a los objetos físicos». Esto es oscuro, porque cuando pensamos en leyes causales de objetos físicos pensamos en experimentos. No tenemos nada parecido en el ámbito de los sentimientos y de la motivación. Y, a pesar de eso, los psicólogos pretenden decir: «Tiene que haber alguna ley», aunque no se ha encontrado ley alguna. (Freud: «¿Quieren decir, caballeros, que los cambios en los fenómenos mentales son guiados por el azar?») Mientras que a mí lo que me parece importante es el hecho de que en realidad no haya leyes así”⁸.

Por mucho que Freud insista en que ningún fenómeno mental ocurre azarosamente o sin derivarse de alguna causa, Wittgenstein mantiene que esas observaciones no significan nada. Y no significan nada por lo siguiente.

⁶ Ibid., p. 127.

⁷ Ibid., p. 99.

⁸ Ibid., pp. 116-117.

En primer lugar, Freud confunde causas con razones, pues las interpretaciones del psicoanalista no se contrastan experimentalmente: simplemente se le ofrecen al paciente para que éste las acepte. O lo que es lo mismo, Freud pretende presentar el inconsciente en términos científicos, pero simplemente se trata de un “medio de representación” entre otros muchos posibles. Lejos de descubrir una nueva región del alma, Freud no hace otra cosa que llevar a cabo análisis estéticos que, al basarse en razones y no en causas, son correctos cuando la persona a la que se le ofrece está conforme con ellos: así sucede, por ejemplo, cuando los elementos de un sueño son ordenados o comparados de determinada manera –cuando caben otras opciones posibles–, con lo que al mismo tiempo se propone una determinada manera de contemplar el sueño⁹. En segundo lugar, Freud no explica por qué considera correctas ciertas interpretaciones y no otras. En tercer lugar, ni siquiera está claro en qué punto debería detenerse el proceso de asociación libre. Freud mantiene en ciertas ocasiones que el análisis correcto es el que satisface al paciente, pero otras veces señala que es el médico y no el paciente quien sabe cuál es la solución correcta en cada caso¹⁰. ¿Cómo no va a concluir Freud que el sueño parece lógico una vez que ha sido analizado? ¿Acaso no está condicionado el proceso de análisis por el hecho de que el analista busca un tipo de interpretación que se ajuste a los principios básicos del psicoanálisis? Todo esto lleva a Wittgenstein a formular la que, desde mi punto de vista, es su conclusión fundamental acerca del psicoanálisis:

“Es probable que el análisis cause daño. Porque, aunque se puedan descubrir en su transcurso diversas cosas sobre uno mismo, hay que mantener una actitud crítica muy fuerte, aguda y persistente para reconocer y ver más allá de la mitología que se nos ofrece e impone. Hay algo que nos induce a decir: «Sí, por supuesto, eso tiene que ser así». Una mitología poderosa”¹¹.

Esto es lo que adivina Wittgenstein tras la fachada científicista del psicoanálisis. Lejos de haber descubierto una nueva realidad de carácter inconsciente, Freud habría concebido el psicoanálisis de modo que el analista persuada al paciente de que lo que pensaba en cierto caso era realmente X, o de que fue Y lo que causó que hiciera algo en un momento dado. Según Wittgenstein, el psicoanálisis persuade con proposiciones del tipo “Esto es realmente esto” para que no se preste atención a determinadas diferencias¹². De hecho, Freud no prestó atención a determinadas diferencias o casos que contradecían su “teoría”, por lo que se hace necesaria una actitud sumamente crítica para aprender de él. El problema es que el principal impedimento para mantener esa actitud crítica no es otro que el propio psicoanálisis.

⁹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Wittgenstein's Lectures Cambridge, 1932-1935*, Oxford, Blackwell, 1979, p. 40.

¹⁰ Ludwig WITTGENSTEIN, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, p. 117.

¹¹ *Ibid.*, p. 128.

¹² *Ibid.*, pp. 93, 96.

3. LA APORTACIÓN DE DRURY

Cuenta Rush Rhees que, allá por 1966, Drury comenzó un borrador que debería servir de introducción a un texto en el que recogía algunos de los recuerdos que tenía de sus conversaciones con Wittgenstein¹³. En ese borrador Drury señalaba que, aunque por aquel entonces el número de introducciones y comentarios a la filosofía de Wittgenstein crecía de forma incesante, todavía no se había hablado de “uno de los aspectos centrales de su pensamiento”. Así expresaba Drury su sentir:

“Hace 40 años las enseñanzas de Wittgenstein me llegaron como una advertencia contra ciertos peligros intelectuales y espirituales por los que me sentía fuertemente tentado. Estos peligros aún nos rodean. Sería una tragedia si comentaristas bienintencionados hicieran que los escritos de Wittgenstein parecieran ahora fácilmente asimilables por el mismo medio intelectual contra el que eran ante todo una advertencia”.

A juicio de Drury, la totalidad de la obra de Wittgenstein apunta hacia la dimensión ética que éste mostró en el *Tractatus logico-philosophicus* cuando sentenció: “lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y de lo que no se puede hablar hay que callar”¹⁴. El problema, según Drury, es que todas las ciencias pretenden decir más de lo que realmente sabemos. Al hablar en estos términos, Drury se refiere a la vulneración de los límites del lenguaje. Y es evidente que esta tendencia a vulnerar los límites de lo decible también está muy extendida en el ámbito filosófico; de hecho, el propio Wittgenstein advirtió que “en filosofía, la dificultad estriba en no decir más de lo que sabemos”¹⁵. Así pues, Drury cree que la dificultad que ha de ser vencida para comprender la obra de Wittgenstein no es solamente intelectual: la dificultad en cuestión consiste, sobre todo, en la exigencia ética que supone imponernos a nuestra voluntad para no decir más de lo que realmente sabemos, o lo que es lo mismo, para no violar los límites del lenguaje. Ésta es, según Drury, la advertencia de Wittgenstein que tan a menudo pasan por alto los comentaristas de su obra¹⁶.

En *The Danger of Words*, Drury condensa la citada advertencia en el concepto de “claridad filosófica” (*philosophical clarity*)¹⁷. Tras recordar que según Wittgenstein lo inexpresable existe pero no puede ser dicho –sino que sólo

¹³ Rush RHEES (comp.), *Recuerdos de Wittgenstein*, trad. de R. Vargas, México, FCE, 1989, pp. 12-13.

¹⁴ Ludwig WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*, trad. de J. Muñoz e I. Reguera, Barcelona, Altaya, 1994, p. 11.

¹⁵ Ludwig WITTGENSTEIN, *Los cuadernos azul y marrón*, trad. de F. Gracia, Madrid, Tecnos, 1993, p. 76.

¹⁶ Maurice O’C. DRURY, *Algunas notas sobre conversaciones con Wittgenstein*, en Rush RHEES, o.c., pp. 148-149.

¹⁷ Maurice O’C. DRURY, *The Danger of Words*, pp. ix-xiii.

se muestra¹⁸-, Drury reconoce haberse mantenido siempre fiel a la creencia de que existe un ámbito inasequible a la investigación científica, ámbito que denomina indistintamente como "lo inexplicable" (*the inexplicable*) o "lo incomprensible" (*the incomprehensible*). Según Drury, toda investigación científica se funda en lo inexplicable, pues cuando se profundiza en dichas investigaciones llega siempre un momento en que las explicaciones científicas están fuera de lugar. Por tanto, la claridad filosófica surge cuando llegamos al ámbito en que estaría de más seguir buscando y planteando explicaciones científicas. A modo de ejemplo, Drury recuerda una anécdota que tuvo lugar durante un examen oral de fisiología. El examinador le dijo lo siguiente: "Sir Arthur Keith me comunicó en cierta ocasión que la razón por la que el bazo drena en el sistema portal es de la mayor importancia, pero nunca me contó por qué era importante. ¿Podría decirme usted en qué radica esa importancia?" Ante la perplejidad de Drury, que no veía en ese hecho nada significativo desde el punto de vista anatómico o fisiológico, el examinador sentenció: "¿Cree que debe haber un significado, una explicación? Pienso que hay dos tipos de personas. Cuando se ve a un pájaro posarse sobre un cable telefónico, unos se preguntan «¿Por qué se posa ese pájaro justo ahí?», mientras que otros replican «Bueno, en algún sitio tendría que posarse»". A Wittgenstein le agradó esta anécdota porque revelaba la diferencia existente entre la claridad filosófica y la claridad científica: cuando vemos que ya no hay lugar para explicaciones científicas, cuando nos damos cuenta de que ya no hay nada que justificar, resplandece la claridad filosófica que pone punto y final a interrogantes que carecen de respuesta. Otro caso que ilustra esta diferencia es aquel en que podemos estar tentados a contemplar ciertos ritos tribales con condescendencia, como si fueran fruto de creencias primitivas y erróneas desde el punto de vista científico. En su lugar, según le hizo ver Wittgenstein a Drury, había que tomar estos ritos como formas de lenguaje que no se derivaban de creencias erróneas –pues estas tribus disfrutaban a menudo de un considerable grado de desarrollo tecnológico–, sino que simplemente eran fruto de la necesidad de expresar algo. El afán de Drury por tomar la claridad como un fin en sí halla su reflejo en los escritos de Wittgenstein, el cual se expresó en los siguientes términos:

"Me es indiferente que el científico occidental típico me comprenda o me valore, ya que no comprende el espíritu con el que escribo. Nuestra civilización se caracteriza por la palabra «progreso». El progreso es su forma, no una de sus cualidades, el progresar. Es típicamente constructiva. Su actividad estriba en construir un producto cada vez más complicado. Y aun la claridad está al servicio de este fin; no es un fin en sí. Para mí, por el contrario, la claridad, la transparencia, es un fin en sí.

¹⁸ Ludwig WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*, §6.522, p. 183.

No me interesa levantar una construcción, sino tener ante mí, transparentes, las bases de las construcciones posibles”¹⁹.

En mi opinión, tener en cuenta la importancia de la claridad filosófica puede ayudarnos a adoptar un punto de vista que nos permitirá apreciar cosas en las que habitualmente no reparamos. Volviendo al caso del pájaro que cité anteriormente, dejar a un lado las investigaciones científicas nos ayudará a prestar atención a la impredecibilidad de la conducta animal, o lo que es lo mismo, repararemos en algo tan olvidado como lo que Drury denomina “lo salvaje de la naturaleza”²⁰. Pasar por alto este aspecto incomprensible que, según Drury, muestran todas las criaturas de la naturaleza supone un grave empobrecimiento desde el punto de vista psicológico. Drury pretende llamar la atención sobre este punto distinguiendo dos tipos de psicología. Por un lado, la “psicología A” refleja un profundo conocimiento del carácter humano al tratar con lo inmensurable; por otro lado, la “psicología B” es la psicología académica que trata con variables susceptibles de medición. Así, mientras la psicología A ha sido desarrollada sobre todo por los grandes novelistas, dramaturgos e historiadores, la psicología B se estudia en las facultades universitarias. Precisamente por tratar con lo mensurable, Drury cree que el desarrollo de la psicología B, por importante que fuera, nunca llegaría a mejorar de modo alguno las intuiciones ofrecidas por la psicología A, pues dichas intuiciones no se pueden reducir a variables susceptibles de medición. Entre los aspectos abordados por la psicología, A Drury incluye el amor, la dicha, la capacidad de sufrimiento, la bondad, la fe, etc. También se puede incluir entre estas cualidades la sabiduría, que no ha de ser confundida con la inteligencia medida a través del cociente intelectual desde que Binet y Simon elaboraran el primer test de inteligencia en 1905. De hecho, Wittgenstein comentó en cierta ocasión que de Freud esperaría inteligencia, pero no sabiduría²¹. La sabiduría aparece en aquellos autores que desarrollan la psicología A –como Lev Tolstoi o Gottfried Keller–, es decir, en los autores capaces de reconocer las profundidades de lo inexpressable. Tal y como le contó a Drury, Wittgenstein pensaba que si bien un hombre muy inteligente puede ser superficial, el verdadero filósofo ha de ser necesariamente un pensador profundo. Drury expresó esta enseñanza con las siguientes palabras:

“Yo diría que un pensador superficial puede ser capaz de decir algo claramente pero que un pensador profundo nos hace ver que existen cosas que no pueden ser dichas”²².

¹⁹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Aforismos. Cultura y valor*, trad. de E. C. Frost, Madrid, Espasa Calpe, 1996, p. 40.

²⁰ Maurice O’C. DRURY, *The Danger of Words*, p. 37.

²¹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, p. 116.

²² Maurice O’C. DRURY, *Algunas notas sobre conversaciones con Wittgenstein*, pp. 146-147.

En tanto que Freud no abandona su actitud excesivamente intelectualista, que no hace sino alejarle de lo verdaderamente profundo e importante, lo inexpresable, debería ser considerado como un pensador superficial. Pero Wittgenstein va a ir más allá, hasta el punto de considerarle no sólo como un “verdadero cerdo” en lo que a su carácter se refiere²³, sino también como un autor que no es “grande” en su escritura²⁴. Lo que Wittgenstein está criticando al expresarse en estos términos es que Freud no es uno de esos grandes hombres que se caracterizan por su humildad, su profundidad, su capacidad de sufrimiento y su decencia intelectual. Lejos de eso, Freud se revela como un personaje que tras la apariencia de un pretendido rigor científico no hace otra cosa que intentar persuadir para que su “medio de representación” sea aceptado como el único a tener en cuenta. Drury, en cambio, da prioridad absoluta al caso individual. Lo que le interesa a Drury de cada sujeto es su individualidad, su singularidad, su impredecibilidad, su carácter único que le hace ser distinto de cualquier otra persona²⁵. Tras este interés se esconde una actitud hacia la enfermedad mental que se contrapone radicalmente a la actitud mostrada por Freud. Mientras que éste pretende entender a toda costa pensando en términos de causas y leyes mecánicas, Drury es partidario de no contemplar a los pacientes en función de teorías clínicas. Con esto sigue a Wittgenstein, el cual manifestó, como señalé anteriormente, que no se pueden formular leyes dentro del ámbito de lo mental.

En este punto es necesario traer a colación una importante observación formulada por Drury acerca de lo mental y sus trastornos. Según este autor, existe un abismo insalvable entre lo físico y lo mental, entre cerebro y mente: y además, este abismo pertenecerá siempre a lo inexplicable²⁶. Esto se refleja, por ejemplo, en que por mucho que aumenten nuestros conocimientos anatómicos y fisiológicos, nunca podremos explicar cómo es posible que disfrutemos de conciencia, pues aspectos como la transición existente entre los impulsos nerviosos y la conciencia misma resultan inasequibles a cualquier investigación científica. Partiendo de este punto, Drury matiza que el sentimiento de la propia identidad también pertenece al dominio de lo incomprensible, a lo cual añade que el objetivo por antonomasia de la labor psiquiátrica lo constituyen precisamente los sujetos afectados por dicho problema. Esto le permite concluir a Drury que la enfermedad mental, entendida preferentemente como la pérdida del sentimiento de la propia identidad, concierne al ámbito de lo inexpresable. Así pues, cada paciente aparece como un enigma²⁷, de ahí que no se debiera adoptar ante él la actitud de sentido común que se deriva de la consideración de los pacientes en función de teo-

²³ Ludwig WITTGENSTEIN, *Movimientos del pensar. Diarios 1930-1932/1936-1937*, trad. de I. Reguera, Valencia, Pre-Textos, 2000, §9, p. 26.

²⁴ Ludwig WITTGENSTEIN, *Aforismos. Cultura y valor*, p. 156.

²⁵ Maurice O’C. DRURY, *The Danger of Words*, p. 34. Wittgenstein ya había avisado a Drury de un error que debía corregir, como era el de no fijarse lo suficiente en las caras de la gente. Cfr. Maurice O’C. DRURY, *Algunas notas sobre conversaciones con Wittgenstein*, p. 210.

²⁶ Maurice O’C. DRURY, *The Danger of Words*, pp. 91-92.

²⁷ *Ibid.*, p. 89.

rías clínicas. Fue el propio Wittgenstein el que llamó la atención de Drury sobre este cambio de actitud. En cierta ocasión, cuando Drury reconoció que a veces no sabía cómo reaccionar ante los síntomas extremadamente abstrusos de sus pacientes, Wittgenstein le respondió:

“Es natural que se encuentre confundido por una enfermedad mental. Si yo padeciera una enfermedad mental, lo que más me atemorizaría sería que usted adoptara una actitud de sentido común; que usted diera por sentado que yo estaría engañado. A veces me pregunto si usted tendrá el sentido del humor adecuado para este trabajo. Usted se conmociona con demasiada facilidad cuando las cosas no marchan de acuerdo con lo planeado”²⁸.

En lugar de contemplar la locura como una enfermedad, Wittgenstein sugirió considerarla de forma distinta:

“La locura no debe verse como enfermedad. ¿Por qué no considerarla como un cambio de carácter repentino, o más o menos repentino?”²⁹

Al proponer que la locura no se contemple como una enfermedad sino como un mero cambio de carácter, Wittgenstein pretende que nos fijemos en la locura dejando a un lado todo tipo de especulación pseudocientífica. Como dice Drury, si en lugar de buscar leyes y esencias ocultas en el ámbito de lo mental –e incomprensible– nos fijamos en los casos individuales y en la terrorífica soledad que conlleva la experiencia de la locura –entendida como pérdida del sentimiento de la propia identidad–, podremos tomar conciencia de lo misterioso del ser humano³⁰. Frente a la sobria visión mecanicista de Freud, Drury considera como un milagro cada manifestación de lo inexpressable o incomprensible. Por poner sólo un par de ejemplos ya mencionados, contempla como un milagro que cada mañana al despertar recobremos la conciencia o que conservemos el sentimiento de la propia identidad: pero muchas veces tenemos que perder algo para que por fin lo valoremos en su justa medida. Así es como Drury nos invita a maravillarnos ante el ámbito de lo inexpressable, el ámbito último, misterioso e irreductible del ser humano. Se trata de un don, el de maravillarnos ante lo incomprensible, que Drury teme que perdamos dado el carácter de nuestra civilización, seducida por los constantes avances tecnológicos³¹. La actitud intelectual que Wittgenstein atribuye a la civilización occidental se encarna claramente en Freud, el cual no concibe margen alguno para el asombro o lo incomprensible, porque ve al ser humano como una máquina: desde su perspectiva, si no se entiende algo es porque aún no hemos dado con su explicación, no porque sea incomprensible. Semejante actitud impide el desarrollo de la capacidad de maravillarnos ante lo incomprensible, capacidad que en mi opinión constituye una de las más hermosas enseñanzas que nos legó Wittgenstein. Y una de las más importantes.

²⁸ Maurice O’C. DRURY, *Algunas notas sobre conversaciones con Wittgenstein*, p. 245.

²⁹ Ludwig WITTGENSTEIN, *Aforismos*. *Cultura y valor*, p. 107.

³⁰ Maurice O’C. DRURY, *The Danger of Words*, p. 136.

³¹ *Ibid.*, p. 74.